

## Dejando huella

Karen Lizeth Vargas Hernández



Parecía un día común y corriente, el despertador sonaba insistentemente desde las 6 de la mañana. Las personas se arreglaban para comenzar sus jornadas escolares, todo parecía estar funcionando a la perfección, pero... los nervios se habían apoderado de mí, desde la noche anterior. Espere con ansiedad dos años para este magnífico momento, “mi primer día de práctica” y al fin había llegado. Aproximadamente a las 8 de la mañana estaba allí, en la entrada de un colegio ubicado en una de las mejores zonas de Bucaramanga y acondicionado a todas las necesidades de los niños de preescolar, en el cual tenía puestas todas mis expectativas. A medida que la Directora me hacía el recorrido por la Institución Yo, me encontraba cada vez más sorprendida de todo lo que este lugar le podía brindar a los niños y estaba ahí todo disponible para mí, para mis actividades y para darles lo mejor a esos pequeños que aun sin saberlo me esperaban con los brazos abiertos.

Luego de conocer el plantel, siendo las nueve de la mañana me dieron las respectivas indicaciones sobre los niños y las docentes con quienes iba a trabajar. Al ingresar al salón ahí estaban ellos, 10 pequeñitos entre los 18 y 24 meses, me inspiraron ternura, amor y pasión por mi profesión. La primera semana no fue lo que yo esperaba, a pesar de mis esfuerzos los niños aún se encontraban muy prevenidos con mi presencia, se notaban pocas expresiones de afecto o de cariño, pero a las siguientes semanas las cosas mejoraron en un cien por ciento. Cada día que avanzaba era una oportunidad de tener un mayor acercamiento hacia ellos y así fue como poco a poco me fui ganando el cariño de todos y cada uno.

Al momento de ingresar a la Institución lo único en lo que podía pensar era en los abrazos que me recibían al entrar por la puerta del salón. Las mañanas marchaban a la perfección, el colegio y los niños tenían todo lo que ellos necesitaban, lo único que me molestaba de mi práctica era cuando llegaban las 12 del día, a esa hora la tristeza se apoderaba de mí, cuándo al salir por la puerta los llantos de Martín y Tomás no cesaban. A pesar de que no pude compartir mucho tiempo con ellos, la conexión entre nosotros fue única, cada vez que dirigía una actividad, todos los niños se mantenían atentos y emocionados, muchas veces no fui sólo maestra sino también mamá, en repetidas ocasiones estos pequeños me decían “mamá” y aunque suena un

poco cómico, era grato saber que ellos sentían que yo les brindaba la misma tranquilidad y el mismo amor que sus madres.

Esta práctica me dejó muchas experiencias significativas y un curso intensivo de ser mamá, cambiar pañales, arreglar teteros, cuidarlos cuando estaban enfermos, porque aparte de enseñar, mi obligación con ellos era brindarles todo lo que estuviera a mi alcance para asegurarles su comodidad y seguridad.

Al siguiente año comenzaba mi segunda práctica y de nuevo me sentía como aquel primer día, porque a pesar de que ya tenía cierta experiencia, esta vez me estaba enfrentando a un contexto totalmente diferente al de mi práctica anterior; desde el primer día que ingresé a la fundación, la tristeza se apoderó de mí cada vez que la docente me contaba las terribles historias que estaban detrás de estos pequeños de tan sólo 3 y 4 años de edad. En sus cortas vidas, muchos de ellos habían atravesado por una cantidad de experiencias y situaciones nada agradables y esto se veía claramente reflejado en su comportamiento desafiante, egoísta y un poco agresivo, mi reto acá era muy grande, me propuse junto con la maestra titular mejorar la convivencia dentro del aula y brindarles a ellos un poco de afecto del que tanto carecían, con la intención de mejorar ciertas conductas y comportamientos. En un principio fue un poco complicado, pero con el tiempo los niños cada vez se encontraban motivados con las diferentes actividades. Luego de un mes, el comportamiento en el aula había mejorado significativamente, a diferencia de la institución anterior, las condiciones de esta no eran las mejores y estaban muy poco acordes a las necesidades de los niños, así mismo no contaban con espacios para trabajar y el aula era un cuarto de habitación de tres metros cuadrados para veinte niños, no era la mejor infraestructura para este tipo de población, que más que nadie se merecía un ambiente propicio y agradable que los hiciera olvidar por unos segundos, las situaciones de violencia y descuido que vivían en sus hogares.

A pesar de que esa práctica me dejaba cada día el corazón hecho pedazos, la alegría y el amor que ellos tenían para dar, hacía que les diera lo mejor de mí durante las cuatro horas que permanecía con ellos.

Estas dos experiencias, a pesar de ser ambientes totalmente diferentes me dejaron un aprendizaje en común; que el niño sea cual sea su condición

requiere igualdad de condiciones y amor indispensable por parte de sus padres y todo aquel que tenga contacto con ellos; por eso cada día “amo mi profesión” y doy todo lo que esté a mi alcance con tal de dejar huella en cada uno de los pequeños que tengo la oportunidad de conocer.